

# PANAMA

**P**ANAMA es un vocablo castellano —pasado de moda— que significa «estafa». Los diccionarios todavía lo acogen en esta acepción: «Estafa pública, escándalo financiero». El origen de esta curiosa acepción está en la quiebra de la que se llamó «Compañía Universal del Canal Interoceánico», fundada en París para construir el Canal de Panamá. Tuvo mal principio esta gran obra destinada a crear una vía rápida y cómoda entre el Atlántico y el Pacífico, y ha tenido mala historia, una historia de sangre, de maniobras ocultas, de pequeñas y grandes traiciones. A esta historia se están añadiendo en estos momentos nuevas páginas sangrientas. Para los panameños, la idea de escándalo y estafa que envuelve el canal no es una historia pasada de moda. Es la esencia de su vida diaria. Panamá nació por el canal; vive por el canal —y vive muy mal, por cierto— y hay panameños que mueren por el canal. A los acontecimientos del jueves y el viernes pasado se les están dando estos días numerosas interpretaciones. Se les retuerce, se les exprime para que den un jugo informativo distinto del que tienen. Se habla de agitadores comunistas, de agentes castristas. Es muy probable que existan y que actúen, puesto que el acontecimiento está inscrito en sus líneas de movimiento y en su programa político. En realidad, los acontecimientos de Panamá son simples, sencillos de explicar: es un movimiento anticolonialista más, como tantos otros que se han producido en el último decenio. Si se le quiere buscar un paralelo fácil, pero muy adecuado, hay que acudir al ejemplo del Canal de Suez y a su nacionalización por Egipto. Aquel hecho dañó los intereses financieros y geopolíticos de dos grandes naciones europeas, la Gran Bretaña y Francia, que desencadenaron inmediatamente una operación bélica en 1956, ayudados por Israel. Intervinieron inmediatamente los Estados Unidos con una teoría democrática y liberalizadora de pueblos oprimidos: las tropas agresoras se retiraron, el Canal de Suez se nacionalizó y el problema fue definitivamente enterrado, al mismo tiempo que los políticos británicos y franceses que habían intervenido en la gran aventura.

## la paja y la viga

**E**L problema actual es que la nación imperialista, la nación colonizadora, es precisamente los Estados Unidos de América. El problema actual es que lo que está en juego no es el interés petrolífero de Francia en el Sahara argelino, ni los de Gran Bretaña en Persia; no se juegan los diamantes belgas de Katanga, ni el caucho holandés de las Indias. En todos estos casos los Estados Unidos pusieron en activo su gran ideario de autodeterminación y de independencia nacional: estaban del lado bueno. Pero ahora se juega una clave en la estrategia y en la economía de los Estados Unidos. La respuesta ha estado en los fusiles del general O'Meara. Los veinte muertos y trescientos heridos de las jornadas del jueves y el viernes se pueden analizar: 3 muertos y 3 heridos entre las tropas norteamericanas; 17 muertos y 297 heridos entre los civiles panameños. Estas diferencias de cifras en la contabilidad de las bajas casi siempre indica de qué lado está la agresión, de qué lado está el abuso de fuerzas. El general O'Meara y las notas oficiales de los Estados Unidos no han cesado, sin embargo, de asegurar que sus tropas no han salido de la zona de soberanía de su país. Por el contrario, los panameños insisten en que los soldados yanquis entraron en territorio panameño. En todo caso, el diagnóstico está claro: se trata de un movimiento anticolonialista, y de una represión por parte de los ocupantes. Los Estados Unidos no están, esta vez, al lado de quienes luchan por su independencia. Este sistema de pesas y medidas de la democracia americana es continuo. Es el mismo por el cual pretenden impedir que Gran Bretaña construya autobuses urbanos para Cuba, que España construya barcos para Cuba, y amenazan con represalias precisamente al mismo día en que ellos aprueban las licencias de exportación de trigo a la URSS. Sin duda porque Cuba es más comunista que la URSS. Sin duda porque los autobuses «Leyland» para La Habana y los barcos pesqueros son mucho más peligrosos para occidente que el pacífico trigo norteamericano.

## la sombra de Kennedy

**P**ARECE fácil decir que si Kennedy no hubiese sido asesinado el conflicto de Panamá se hubiese resuelto. Injusto y fácil. Con toda su grandeza, Kennedy tenía unos límites que lo brutal de su muerte tiende a borrar de la memoria humana. Sin embargo puede decirse que la muerte de Kennedy ha precipitado este acontecimiento panameño; incluso que esto es una consecuencia directa de aquélla. Kennedy había intervenido en 1962 en el caso de Panamá, después de una fricción entre los panameños y las tropas de ocupación del canal. Tras una entrevista con el Presidente Chiari, había ordenado que la bandera panameña flotase junto a la bandera de los Estados Unidos en la zona del canal, como una demostración simbólica de que su país reconocía, al menos simbólicamente también, la soberanía panameña, que existe vagamente incluida en los tratados del canal. Esto se cumplió durante más de un año. No deja de ser especialmente curioso que precisamente unos días, sólo unos días después del asesinato de Kennedy, el gobernador norteamericano de la zona del canal haya encontrado ciertas dificultades constitucionales, ciertos problemas jurídicos para que la bandera norteamericana flote junto a una bandera extranjera —en realidad, en este caso, la bandera extranjera era precisamente la de los Estados Unidos— y la haya mandado retirar de las escuelas, provocando la irritación y el renacimiento de sentimientos irredentistas por parte de los estudiantes panameños. Y de sus padres, que se unieron rápidamente a ellos en los combates de la que lleva el nombre de Avenida Kennedy. Ahora Johnson ha tenido que ordenar de nuevo la reinstalación de las banderas. Pero ya se ha replanteado otra vez el eterno problema del canal y de su pertenencia, de la necesidad de revisar un tratado perfectamente anacrónico.



## historia de un imperialismo



El nacimiento de Panamá como nación y la firma del tratado del canal son hechos simultáneos y, naturalmente, relacionados. La historia del imperialismo del canal se puede resumir en algunas líneas. Panamá era una provincia separatista de Colombia, que había efectuado varios intentos de secesión. Estados Unidos apoyaron uno de esos intentos, el del 3 de noviembre de 1903; dos días después Estados Unidos reconoció al nuevo país y quince días después, el 18 de noviembre, se firmaba el tratado por el cual Panamá cedía a perpetuidad a Estados Unidos el disfrute del canal que habría de construirse. Es de advertir que en aquel momento Panamá no había elegido aún Presidente ni promulgado Constitución, lo cual no sucedería hasta tres meses después. Fue un Gobierno provisional el que entregó la zona del canal a perpetuidad. Vendió dicha zona por una cantidad total de 10.000.000 de dólares, pagados al contado, y por una prima anual de 250.000 dólares. Las posteriores revisiones como consecuencia de la devaluación del dólar hacen que esa entrega sea hoy de dos millones (exactamente, de 1.930.000 dólares). Sin embargo, los Estados Unidos obtienen un beneficio anual de 80 millones de dólares de la explotación del canal, sin contar los beneficios militares. Y la dirección política del país. Una publicación que ha sido distribuida gratuitamente por el Departamento de Estado, el «Information Please Almanac», dice en su edición de 1959, que tengo ante mí vista: «In exchange, the United States got the Canal Zone, a ten mile wide strip across the isthmus, and a considerable degree of influence in Panama's affairs». Un trozo de territorio de diez millas a través del istmo y un considerable grado de influencia en los asuntos de Panamá: si se tratase de otro país, el comité de descolonización de las Naciones Unidas tendría suficiente con este párrafo para proclamar el escándalo.

Desde el mismo año de 1904 en que la Constitución fue votada, los panameños han intentado la revisión del tratado. Hubo algunas modificaciones inoperantes y en el país hubo huelgas, revueltas, golpes de Estado determinados casi todos ellos por la oposición al tratado. Llegó a haber un Presidente decidido a realizar una revisión sustancial: el Presidente José Antonio Remón, coronel, elegido en junio de 1952 y decidido a que la liberación del canal fuese la obra de su vida. Le mataron antes: el 2 de enero de 1955 fue asesinado, y aún no se sabe bien quién fue su asesino, aunque fue acusado el vicepresidente de la república, Guizado. En 1959, 1960 y 1962 se han producido revueltas de mayor o menor importancia. Las más importantes son las de este momento. Porque precisamente suceden en la era de la descolonización; porque otros países de América luchan contra la posesión económica de los Estados Unidos; porque existe Fidel Castro, y porque es el primer problema grave con el que se enfrenta un Presidente de los Estados Unidos suspendido hasta

La gran obra del Canal de Panamá tuvo mal principio y su historia está hecha de sangre y de pequeñas y grandes traiciones que se han enquistado a lo largo del tiempo. Panamá es un país que nació por ese canal y que de vez en cuando ha dado sus vidas por él. A los sangrientos acontecimientos de estos días se les ha buscado numerosas interpretaciones, pero en realidad se trata de un movimiento anticolonialista más, como tantos otros que se han producido en la última década. De cómo se resuelva este conflicto depende mucho el porvenir de América, que se siente incluida en la corriente mundial de descolonización y no quiere abdicar de sus libertades. El problema está poniendo a prueba a Lyndon Johnson porque los elementos conservadores de los Estados Unidos pidieron inmediatamente una intervención armada con todas sus consecuencias. ¿Cómo haría frente Panamá a una situación semejante si no tiene Ejército, ni Marina de Guerra y todo lo tendría que fiar a su Guardia Nacional para la que se abrieron banderines de enganche en los primeros momentos de violencia?



## Por EDUARDO HARO TEGLEN

este momento entre unas fuerzas conservadoras y una administración heredada de un Presidente liberal.

De cómo se resuelva este conflicto depende mucho el porvenir de América —y, desde luego, el porvenir personal del Presidente Johnson—. Los elementos conservadores de Estados Unidos han lanzado ya sus gritos de guerra. Truman y algunos de los senadores —Richard Russel, George Smathers— de la «extrema derecha, de la «línea de Goldwater», han pedido inmediatamente una intervención armada con todas las consecuencias. Panamá responde abriendo banderines de enganche para la Guardia Nacional —Panamá no tiene Ejército ni Marina de guerra, porque los Estados Unidos nunca se lo permitieron: su Guardia Nacional, que realiza funciones de policía, consta de unos 2.000 hombres— y apelando a las Naciones Unidas y a la opinión mundial. El «New York Herald Tribune» escribe que el acuerdo que se realice «debe conservar para los Estados Unidos sus derechos en la zona del canal, comprendiendo sus derechos exclusivos actuales sobre el canal y sobre la zona», y dice que «las peticiones de nacionalización o de internacionalización hechas por Panamá son simplemente inadmisibles» puesto que el canal es «de un interés vital para los Estados Unidos, interés que no debe ser desperdiciado, cedido ni compartido». El «Herald Tribune» pasa muchas veces por ser portavoz del Departamento de Estado: es de suponer que ésta sea la opinión oficial norteamericana. La respuesta panameña es, naturalmente, la contraria. El embajador de Panamá en Estados Unidos ha regresado a su país diciendo que «está avergonzado de la democracia norteamericana». El Presidente Chiari requiere la revisión total de los acuerdos entre Panamá y Estados Unidos. La radio panameña, los periódicos del país —sus obreros son los únicos que han trabajado durante la huelga general de protesta, para que el pueblo tenga información— apoyan totalmente al Presidente y mantienen viva una ola de anti-yanquismo.

### una cierta madurez



A pesar del frenesí de Truman, a pesar de la dureza de posiciones expresada por el «New York Herald Tribune», el Presidente Johnson ha reaccionado hasta ahora con una rara madurez. El mismo ha utilizado el teléfono para pedir al Presidente de Panamá que se concierte una tregua. Ha enviado a la zona disputada un enviado personal —que lleva el nombre literario de Thomas Mann—; ha ordenado al general O'Meara que se produzca con moderación y que no responda a los disparos que se seguían produciendo a lo largo de la zona fronteriza —no parece que su orden haya sido totalmente cumplida—. Finalmente ha dado órdenes para que la bandera panameña vuelva a flotar al lado de la de Estados Unidos. También han funcionado con rapidez y con aparente objetividad los organismos de apaciguamiento: el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, la Organización de Estados Americanos que envió el domingo pasado una comisión de encuesta a Panamá. Pero toda esta prudencia, toda esta moderación será inútil si no se llega a una actualización del problema.

El conflicto puede ser grave, y los Estados Unidos no pueden hoy materialmente resolverlo por la fuerza, digan lo que digan Truman o Goldwater. No se trata ahora de la guerra fría, que muchos en los Estados Unidos quisieran ver reanudada con cualquier pretexto, sino del replanteamiento de la situación en la América hispana. Toda América se siente claramente incluida en la corriente mundial de descolonización, y no abdicará de sus libertades. Colombia, vecina de Panamá, está pasando también unos días inquietos. En Venezuela, con larga frontera con Colombia, la oposición mantiene las armas, aunque parezcan algo acalladas después de las recientes elecciones presidenciales. Junto a Venezuela están las Guayanas, en estado permanente de agitación... El fuego puede correrse, ampliarse en un momento. En algunos países ha habido ya movimientos de solidaridad con Panamá, en Santo Domingo se ha quemado una bandera yanqui. Todos estos movimientos nacionalistas, anticolonialistas, han multiplicado sus fuerzas desde la existencia de Castro en Cuba. Se suele acusar al castrismo de mantener agentes en cada país, de crear movimientos, de enviar armas. Es posible que algo de esto exista: pero puede negarse de ninguna manera en las proporciones abultadas por los senadores demócratas. Lo grave —para Estados Unidos— del castrismo es su capacidad de ejemplo: la demostración de que un país americano puede desprenderse de los Estados Unidos sin que pase nada. Cada vez que los Estados Unidos han intentado uno de sus débiles golpes contra Cuba y se han retirado, han perdido prestigio, han dejado de dar miedo a miles de ciudadanos hispanoamericanos. No olvidemos que cuando el hombre blanco, jefe de inspirar respeto y de dar miedo en África, se acabó la colonización del continente, pese a la inmensa superioridad militar y económica de Europa. No hay ninguna razón histórica, política ni social para que no ocurra lo mismo en los Estados Unidos.

Johnson haría bien en encontrar una solución rápida, satisfactoria y nada militar al problema de Panamá. Confío en que en el tiempo que media entre mi máquina de escribir y la rotativa, esta solución haya sido encontrada.